

La calidad de la vida en España. Hacia un estudio de indicadores sociales

JOSÉ GARCÍA-DURÁN DE LARA Y PEDRO PUIG BASTARD

(Madrid, Ed. Moneda y Crédito, S. A., 1980, 556 pp.)

A nadie se le oculta que la contabilidad nacional, económica y social, en España está aquejada de grandes lagunas y defectos. Por esta razón, todo intento de mejora de este campo ha de ser recibido con aplauso por parte de políticos, economistas, científicos sociales y ciudadanos en general. La sociedad participativa difícilmente puede discurrir por cauces racionales sin una información adecuada que permita enfrentar críticamente las aspiraciones a las posibilidades. Esto es especialmente cierto cuando se trata de la contabilidad social y no estrictamente económica.

«La cuestión que se plantea en este estudio —nos dicen sus autores— consiste precisamente en el establecimiento de jalones hacia esa medición más amplia del bienestar social.» Se trata de centrar la atención en los *objetivos sociales* alcanzados como expresión real de la calidad de la vida de la comunidad. No han faltado economistas que alertasen sobre la frágil relación entre bienestar económico y bienestar total. El mismo J. S. Mill confesaba no agradarle «el ideal de vida que defienden aquellos que creen que el estado normal de

los seres humanos es una lucha incesante por avanzar». Considera ciertamente mejor esta lucha por la riqueza que las luchas guerreras, pero la lucha por la riqueza no pasa de ser, según él, una de las fases del progreso industrial. Se trata, evidentemente, de llamar la atención sobre el producto final de la actividad económica y social. En este sentido, la presente obra significa para España uno de los esfuerzos más destacados por desbrozar el campo hacia un sistema de indicadores sociales capaces de medir el bienestar social y la calidad de vida.

La obra está dividida en dos partes fundamentales. La primera se inicia con una amplia discusión de los procedimientos actuales de contabilidad nacional en cuanto medición del bienestar económico: «... la crítica al producto nacional bruto no se refiere sólo a las dificultades de la relación entre el bienestar económico y el bienestar total, sino a su incapacidad para reflejar de forma adecuada el bienestar económico a secas. Esto se debe a que el PNB es un indicador de la producción y la actividad, no del consumo.

Hay que distinguir, por tanto, en-

tre los niveles de 'actividad y producción' y de 'bienestar económico', entendiendo por bienestar económico fundamentalmente los niveles de consumo de bienes y servicios. Pero, además, entre el bienestar económico y el total cabe distinguir un escalón intermedio, que podemos denominar 'calidad de vida' y que se referiría a los aspectos medibles, aunque difícilmente en dinero, del bienestar. En éste cabe asimismo distinguir entre objetivos civiles (de libertad —que no debe ni puede subordinarse al crecimiento económico ni a la mejora de los servicios sociales— y de participación) y objetivos sociales. El análisis de los objetivos civiles escapa en gran parte al campo que mejor conoce el economista, y, por ello, aun reconociendo su preminencia en el rango de objetivos, este estudio, realizado por economistas, no penetra en su discusión» (pág. 19).

La contabilidad nacional está obligada a suministrar —según los autores de esta obra— tres tipos de respuestas: registro contable de los recursos y del resultado final de la actividad; análisis de la eficacia, y un indicador general del crecimiento del bienestar material y de la capacidad productiva de la comunidad.

Un análisis crítico y con perspectivas a largo plazo frente a las cifras de la contabilidad nacional ha de ocuparse de problemas derivados de las fuentes utilizadas y de sus procedimientos de cálculo, de problemas de tipo global y de problemas de tipo sectorial. En este sentido, los autores discuten, a base de ejemplos, 12 problemas destacados de la contabilidad nacional. Al final de su discusión dicen, en resumen: «entre las correcciones importantes (que necesita y cabe hacer a la contabilidad nacional)

figurarían los costes de la amenidad urbana, la deducción de buena parte del consumo público e inversión pública, la consideración del empeoramiento de los *stocks* (desde el número de incapacitados hasta la erosión del suelo o la pérdida de calidad de las aguas), la consideración del requerimiento del crecimiento —tanto en capital tangible como intangible—, la deducción de los gastos 'lamentables' en su acepción estricta. Compensando esas correcciones negativas habría que sumar el valor del ocio y de las actividades no orientadas al mercado» (págs. 55-56).

Los autores se ocupan a continuación del *sentido del crecimiento económico*. Esta cuestión ha ido creciendo en relevancia a medida que las sociedades se alejan del desarrollismo, etapa en que las consecuencias sociales inmediatas se percibían generalmente de forma positiva y excusaban una consideración crítica del sentido, si bien no faltaron voces que se ocuparon de eso. Los últimos lustros ofrecen ya serios debates en torno a los límites del crecimiento en razón de los recursos: Informes del Club de Roma; partidarios de la «revolución verde»; programa «Interfuturos»; informe de ARROW para la Fundación Ford, etc. De la consideración de esos informes y enfoques extraen los autores algunas consecuencias sobre la mundialización de los problemas sociales y las posibilidades de que se persiga un mejor equilibrio mundial en la asignación de recursos para evitar «malestares indecibles en algunas zonas de la tierra». España ha de estar atenta a esta dinámica mundial.

El capítulo III de la primera parte de la obra plantea «la posibilidad de que un sistema de indicadores sirva como complemento del producto na-

cional bruto a efectos del seguimiento de los logros alcanzados por los diversos países y regiones. Al mismo tiempo se presentan reflexiones sobre la utilización de ese sistema de indicadores finales y otros intermedios como guía para la adopción de decisiones de política social, es decir, medidas políticas y económicas orientadas a la mejora de la calidad de la vida» (página 97).

En cuanto a la posibilidad, los autores pasan revista a los distintos tipos de modelos de «indicadores sociales» que se han utilizado o intentado (de previsión de tensiones; de simple información o de «ilustración»; de explicación del cambio social y de predicción de efectos, etc.).

El movimiento actual de búsqueda de «indicadores sociales» de producto final respondería a un modelo selectivo de estadísticas sociales en razón de su utilidad explicativa «en el seno de una teoría del cambio social». Los autores se inclinan por este modelo, en la línea de Terleckyj y de la OCDE. En la línea de Terleckyj ya han elaborado trabajos relevantes King, Fox y, para ámbitos locales, Speed, trabajos que se discuten en parte aquí.

Por lo que se refiere al diagnóstico sobre la realidad social de España, los autores recuerdan las tres aplicaciones recientes de la metodología de los indicadores sociales: 1. Método de McGranahan para el Instituto de Investigación del Desarrollo Social de las Naciones Unidas (1970). 2. Método de análisis de componentes principales de M. A. King (17 indicadores) (1974); y 3. Método de Drewnowski a la búsqueda del indicador sintético.

La parte primera de la obra se cierra con un capítulo sobre la necesi-

dad y la posibilidad del llamado «Balance social de la empresa» o «cuenta de resultados sociales». Los autores analizan con cierto detenimiento el tema repasando los modelos de Corcoran y Leinniger, de Linowes, de Chevalier, del Instituto Batelle de Ginebra y Frankfurt, de la compañía americana «ABT Associates», etc. En España se tiene la experiencia inicial del INI (1977) en algunas de sus empresas. Los autores de esta obra repasan las posturas optimistas, pesimistas y moderadas al respecto, pero prefieren no emitir su juicio por el momento.

La segunda parte de la obra está dedicada casi íntegramente al *análisis para España de algunos indicadores de los principales componentes del bienestar*. No es posible dar cuenta detallada en esta reseña de los pormenores. Hay que limitarse a señalar la intención con que los autores se ocupan en capítulos sucesivos de esos indicadores sectoriales relativos a enseñanza, salud, pobreza y desigualdad social, condiciones de vida en el trabajo, vivienda y urbanismo, seguridad frente a la violencia y el robo, calidad del medio ambiente, empleo del tiempo y, finalmente, distribución territorial de la calidad de la vida. Los mismos autores avisan que no se trata de un verdadero informe social aplicado a España. La intención de los autores está orientada a discutir «los indicadores más adecuados para cada uno de los componentes de la renta total y la posibilidad de su obtención en España, es decir, cuestiones de definición y de búsqueda de datos» (pág. 200). Ciertamente la obra responde bien a este propósito. En cada uno de los capítulos se trata de dar respuesta a qué tipo de indicadores puede ser más útil a la hora

de medir el resultado final en el sector; se recuerdan antecedentes de otros países u organismos, se hacen algunas elaboraciones empíricas cuando se dispone de datos para España con vistas a ejemplificar o incluso de avanzar algo en la medición del bienestar del sector considerado, etc. En general, toda esta segunda parte lo que se pone de manifiesto es la carencia de soporte empírico para la mayor parte de los *indicadores* de bienestar considerados pertinentes en el caso español y el camino que queda por recorrer. La mayor parte de las veces que se manejan datos empíricos proceden de fuentes esporádicas, no de fuentes que aporten material para una seriación sistemática, como sería de desear.

Con frecuencia los autores inician el capítulo con una discusión de los indicadores propuestos por la OCDE para el sector. Ejemplifican con datos españoles o extranjeros. Aportan adiciones que consideran más adecuadas en general o para el caso español. Y una y otra vez concluyen señalando la carencia de soporte empírico por el momento. De todos modos, no faltan indicadores de diagnóstico para la sociedad española, así como fijación de objetivos prioritarios en base al descubrimiento de necesidades o aspiraciones especialmente sentidas a tenor de los datos que, de forma un tanto esporádica, se analizan en los diferentes capítulos.

La parte final de la obra está constituida por un breve capítulo resumen en el que los autores proponen dos listas de indicadores que consideran adecuados para la elaboración de un *informe social*. La primera lista consta de 36 indicadores, número muy semejante al de la lista de la OCDE, pero notablemente diferente en contenido.

Según los autores, «la especificidad de patrones de vida de la población española hace dudar a algunos de la aplicabilidad de criterios foráneos» (pág. 505). Quizá ellos mismos sostengan esta opinión a juzgar por el contenido de su obra. Esta primera lista se refiere a indicadores de «problemática extrema», la mayoría referidos a *resultados finales* y el resto a la *accesibilidad física o económica*, siempre relativos al extremo inferior de la distribución, es decir, al número de personas situadas por debajo de ciertos mínimos.

La segunda lista se reduce a 24 indicadores. Mezcla indicadores de «problemática extrema» con indicadores de aspectos finales de interés para toda la población. La lista pretende ser operativa como punto de partida para la información a la opinión pública sobre los grandes objetivos de la comunidad y para la racionalización de las decisiones presupuestarias en función de las posibilidades de cambio social.

Lo que destaca en ambas listas son las lagunas de datos. En la primera sólo se cuenta actualmente con fuente directa de datos para 8 de los 36 indicadores. En la segunda, de los 24 datos propuestos, sólo 9 cuentan con datos elaborados.

Las líneas anteriores dan cuenta apresurada de la intención y el contenido de la obra. Hay que repetir que los autores cumplen airoosamente un cometido, claramente delimitado. Pero no queremos cerrar esta reseña sin dejar apuntado que la lectura de la obra ha conseguido acentuar esa sensación de incomodidad y de insatisfacción en que nos movemos en España frente al tema de los indicadores sociales. ¿Cuándo será posible el paso de la ejemplificación esporádica a la

contabilidad sistemática de lo social? ¿Cuándo una iniciativa pública, dotada de los medios pertinentes, protagonizará esa gran tarea de unificación, consecución y elaboración de datos que sirvan de soporte sistemático a un renovado sistema de indicadores sociales? ¿Cuándo dejaremos de zambullirnos en nuestras peculiaridades para medirnos en el ámbito europeo y mundial como lo están haciendo ya desde hace algún tiempo, con dificultad pero con tenacidad, otros países no menos orgullosos de sí mismos?

Al gran esfuerzo realizado por los

autores de esta obra, y que merece todo encomio, tendríamos que objetar únicamente, por lo que a su planteamiento general se refiere, su proclividad a innovar en un campo donde, a nuestro entender, interesa mucho más dotar de contenido para España alguno de los sistemas de indicadores sociales ya en marcha —como el de la OCDE, a la que pertenece España— que estudiar otras propuestas que respondan a nuestras presuntas peculiaridades.

MANUEL JUSTEL

El poder de las minorías: Psicología social de la influencia de las minorías e ilustración experimental

G. MUGNY

(Ediciones Rol, Barcelona, 1981, 171 pp.)

Se dice que la psicología social está en crisis. Exagerada apropiación quizá entre nosotros cuando tal vez asistimos al alumbramiento de la disciplina.

Pero, sin duda, somos deudores de una herencia caracterizada por la *crisis de constitución* de la psicología social, con la dialéctica entre los sesgos de un contenido psicológico o sociológico y de un método positivista o no.

Además, una ciencia multiparadigmática como la psicología social sufre los envites de quienes al pretender diferenciarla y consolidarla han de luchar por vencer la *crisis de legitimación* que la caracteriza.

La psicología social intenta conquistar la bienquerencia de los legitimadores tanto académico-científicos

como sociales. Y el esfuerzo por querer ser científica según los patrones del santuario académico, puede alejarla de hecho de la implicación social.

Por otra parte, el privilegio de los elementos *predictivos* o *explicativos* en el enfoque diferenciador de una ciencia sin duda cantona a la psicología social en niveles altamente dispares, favoreciendo, respectivamente, la vertiente descriptiva o histórica del acontecer humano.

Atentos a las querellas epistemológicas sobre la psicología social, nunca quizá mejor situados para que podamos desarrollar una psicología social acorde con nuestra idiosincrasia y en conformidad con las opciones críticamente más avanzadas en el panorama de la ciencia occidental.

Y en este sentido el acercamiento a los problemas que entre nosotros son relevantes creemos merecen el aplauso.

Así, ante la crisis hoy sufrida por la cultura occidental y tan sentida por las instancias tradicionalmente acotadas al dominio de la situación, cabe poner sobre el tapete del quehacer científico del psicólogo el estudio de los procesos de influencia social.

El resurgir de las minorías, orgullosas de su autonomía, de su identidad y de su diferenciación, empujó a los psicólogos a estudiar los procesos involucrados en la influencia social de los marginales*.

No por nada la psicología explicita una de las raíces de su crisis en la compaginación de las vertientes individuales y colectivas del comportamiento humano.

La psicología, al estudiar el comportamiento concreto del hombre en situación social, afirmaba la urdimbre múltiple de todo comportamiento. Urdimbre que implicaba «encarnar» la tarea del psicólogo en un contexto determinado y sin miedo a desmascarar tanto sus propias limitaciones ideológicas como las de quienes ocupan puestos de dominio.

El esfuerzo actual de la psicología europea con el primer impacto de la obra de Moscovici (1979) ha supuesto introducir realismo en el estudio de la psicología.

Frente a un modelo *funcionalista* preocupado por la uniformización social, por el control social, en un siste-

ma social supuestamente óptimo, estable, en el que la influencia sólo se concibe como expresión de las relaciones de poder habidas en otro campo y, en todo caso, como simple reformismo desde arriba (cfr. Hollander, 1960, con su teoría del «crédito idiosincrático»). Moscovici ha sabido introducir un modelo *genético* o interaccionista para el que la aparente estabilidad de un sistema es sólo un momento en un proceso de cambio social, las normas serían coyunturales y la marginación necesaria cuando fuera innovadora.

Que el modelo funcionalista se haya desarrollado básicamente a partir del influjo norteamericano, no deja de confirmar la importancia del entramado ideológico-situacional del investigador. A la dependencia concreta clave de unos se opone la negociación interactiva de los otros.

Además, en un momento de cambio acelerado en que la urgencia por vivir se interactúa con el sentido pragmático de las realizaciones, incluso teórica, nada más pertinente que el surgir de una *psicología de la modificación social* en pro de una psicología colectiva.

La prolongación de la teoría de Moscovici, que nos ofrece Mugny, tiene el mérito de proponer un contenido coherente en un campo rico en experimentaciones fragmentadas, a la par que se integra plenamente dentro del marco teórico sobre la articulación de niveles (Doise, 1979).

El acercamiento teórico a las explicaciones que la psicología propugna en el estudio de los fenómenos sociales, de los procesos que articulan los diversos niveles de análisis de la realidad social sin duda permiten una concepción de la psicología más definitiva que las simples disputas so-

* Marginal por oposición a marginado es el sujeto creativo original, independiente, que es consciente de su "sujetamiento" e intenta liberarse del mismo. El marginado es el sujeto sujetado e incapacitado fácticamente para luchar por su independencia.

bre metodología y jerarquización de sus objetos de estudio.

En este caso concreto, el esfuerzo por esclarecer los procesos de influencia social en los grupos minoritarios arroja, sin duda, luz paradigmática para futuros estudios.

Por otra parte, el rigor del estudio junto a la opción en favor del acercamiento experimental, añade a la teoría propuesta, tal seriedad que, sin duda, marca un hilo señero pródigo en fecundos resultados para el devenir de la psicología.

Rompiendo lanzas en pro del estudio de los procesos por los que las minorías llegan a influir en las mayorías, el autor no ha rehuído su compromiso político, ni mucho menos.

Sin duda, en un momento especialmente sensible a la negociación y al respecto de la idiosincracia «sabida», resultará pertinente recordar las conclusiones que nos ofrece Mugny.

La teoría de la *consistencia*, expresada por Moscovici, se matiza dentro de un contexto amplio de relaciones de la minoría, no sólo con el poder establecido y las normas establecidas, sino también con la población a la que intenta influenciar. Los estilos de la negociación de la minoría, junto a los modos de representación de que dispone la población, son elementos moduladores de dicha influencia.

Por otra parte, el conocimiento de los mecanismos de encubrimiento con que el poder establecido enmascara las relaciones sociales, especialmente la naturalización de las normas establecidas, sin duda será un aldabonazo en el intento por afirmar nuestra propia identidad social.

Pues, sin duda, la influencia social, matizada por la imagen positiva o negativa que de la marginalidad se nos transmite, repercute en la propia iden-

idad psicosocial. Aceptar una influencia es ajustarse a los modelos estereotipados de los grupos de referencia y de pertenencia de la fuente emisora.

No es puro azar que sea en Ginebra donde compensando el cariz individualizante, de nivel 1¹, de la teoría piagetiana, arraigue la formulación de la teoría de los niveles. Luchando por rescatar a la psicología de los valles del psicologismo y dentro del campo de la influencia social minoritaria, el autor sabe tener en cuenta oportunamente la riqueza propia de los diferentes niveles con que podemos analizar la realidad social.

Ahora quisiera recordar algunos de los puntos críticos que, con ocasión del seminario de Doise en Ginebra en febrero de 1979 y en presencia de Moscovici, se pusieron sobre el tapete.

¹ "Tal y como Doise ha demostrado, un mismo fenómeno puede recibir explicaciones que se sitúan en diferentes niveles. Básicamente se distinguen cuatro niveles:

O bien se busca la explicación del fenómeno en los procesos que pueden captarse a nivel individual (interesan entonces los "afectos" y las modalidades de tratamiento de la información que recibe el organismo);

O bien... se intentará explicar el fenómeno estudiado únicamente en términos de relaciones "inmediatas" que se entablan entre dos o más individuos.

(...) Existe un tercer nivel que fundamenta su explicación en las posiciones sociales que ocupa el individuo o los individuos cuyo comportamiento se estudia. Se dirá que los "sujetos" se insertan en las relaciones que mantienen con los grupos sociales y las categorías sociales a las que pertenecen o no.

Finalmente, un cuarto nivel de explicación considera las normas más generales de comportamiento de una sociedad y, pues, de la ideología dominante en un momento determinado de la historia de dicha sociedad." (MUGNY, 1981, p. 5.)

Fácil sería pensar que la *teoría de los niveles de articulación* (Doise, 1979) viene a ser un compromiso de solución a la crisis del método experimental con su polémica entre una psicología basada en el individuo o basada en lo colectivo.

Pero no se trata de compromiso, sino de una teoría explicativa que articula los diferentes niveles por los que tanto desde el individuo como desde lo colectivo pueden comprenderse los mecanismos sociales. Igualmente, esta teoría pudiera ser una alternativa reconciliatoria dentro de la psicología europea en su crítica al marxismo; ya que, incluyendo temas del análisis marxista, introduce un acercamiento no marxista de los mismos.

Pero, sin duda, subsisten preguntas básicas sin resolver:

- ¿Acaso los niveles son reales o simples entes epistemológicos?
- La desarticulación de los niveles, que hasta ahora servían de base para la diferenciación de disciplinas como la psicología, la psicología y la sociología, al desaparecer en pro de una solubilidad articuladora, ¿no supondrá la aniquilación de anteriores disciplinas en favor de una psicología de amplias fronteras?

Y, en este caso, el fácil paso de un nivel a otro, ¿no puede ser la táctica escurridiza de un diletantismo científico que permite saltar de uno a otro siempre que surjan dificultades en un nivel concreto?

Además, el vínculo que existe entre los diferentes niveles, ¿implica causalidad en el nivel 4, mientras que los otros tres son simples moderadores?, o ¿los cuatro niveles son si-

multáneamente explicativos? ¿El hecho de privilegiar los niveles 3 y 4 supone un juicio crítico recriminatorio sobre los experimentadores que hasta ahora han solido limitarse a los niveles 1 y 2?

Así, en el clásico experimento de Asch (1951 y 1956), el efecto de discriminación perceptiva desde una perspectiva de nivel 2 se trata de un problema de conformidad con la mayoría, y desde una perspectiva de nivel 4 el grupo del experimento (aunque mayoritario numéricamente en la situación) es minoritario respecto a la norma social imperante (Mugny y Papastamou, 1979). En ambos casos las confirmaciones son generales y válidas. ¿En dónde se sitúa, pues, el objeto real de la psicología? ¿En qué nivel?

No cabe duda de que permanecen muchas preguntas en el aire. Pero cabe resaltar cómo la teoría de los niveles acepta el protagonismo dinamizante del nivel 4, como luz que atraviesa los otros niveles. Esta transversalidad, analógicamente valorizada por los institucionalistas franceses (Lapassade, 1975), articula los diferentes niveles sincrónica y diacrónicamente.

Sin duda nos hallamos ante el alumbramiento de una psicología altamente *comprometida* en el quehacer político a la vez que exigentemente *ajustada* al caminar del trabajo experimental.

La teoría de Mugny sobre la influencia social de grupos minoritarios podrá ser discutida en el alcance concreto de alguno de los experimentos reseñados, pero, sin duda, tiene el mérito de presentar una síntesis coherente, comprensiva, implicadora y funcional.

El esfuerzo por esclarecer científicamente los procesos involucrados en

el quehacer creativo de las minorías, ha de permitirnos disponer de los instrumentos de análisis y modificación suficientes, como para incidir responsablemente en la vida política de cada día.

Leyendo a Mugny uno se percata de que las críticas sobre la artificialidad de la psicología o sobre su función garante de la ideología dominante, se esfuman y, en cambio, se alumbra una psicología de la ruptura, de la marginalidad, hecha de

creatividad, empeño y coraje. Nadie mejor que el psicólogo para comprometerse en su rol de concienciador, esclareciendo los procesos que encadenan o liberan la conducta del hombre en interacción.

A cuantos intentan propulsar una psicología joven, científicamente válida y socialmente comprometida, el estudio de Mugny les servirá de pauta y de acicate.

SILVERIO BARRIGA

REFERENCIAS

HOLLANDER, E. P. (1960): "Competence and conformity in the acceptance of influence", *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 61, 360-365.

MOSCOVICI, S. (1979): *Psychologie des minorités actives*. Paris, Presses Uni-

versitaires de France (Trad. castellana en Morata, 1981).

DOISE, W. (1976): *L'articulation psychosociologique et les relations entre groupes*. Bruxelles, De Boeck (Trad. castellana: *Psicología social y relaciones entre grupos*, Barcelona, Rol, 1979).

La emigración española en la encrucijada. Marco general de la emigración de retorno

JOSÉ A. GARMENDIA (Comp.)

(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981)

La emigración, uno de los fenómenos sociológicos que ha tenido mayor importancia en la conformación de la estructura social española en los últimos años, es el objeto de estudio del presente libro.

Su relevancia ha sido puesta de manifiesto en múltiples estudios, y no es para menos si consideramos la importancia numérica que estos movimientos humanos han tenido, y su incidencia en la dinámica social de España.

Aunque las estadísticas proporcionadas por los organismos oficiales españoles no son exactas, se cifra en unos tres millones y medio de personas (de un censo de unos doce millones de población activa), las que,

en 1970, estaban fuera de España, trabajando bien en América o en Europa.

Las causas motivadoras de este importante fenómeno se sitúan casi exclusivamente en la esfera económica. A lo largo de los trabajos y en las encuestas realizadas a los emigrantes, se trasluce que ese «espíritu aventurero» del que nos han hablado, es una pura falacia, es inexistente: es la más pura necesidad, en toda su crudeza, la que mueve a los españoles a emigrar.

El marco social y político en el que se sitúa el fenómeno migratorio hace referencia al fin de la etapa autárquica, en la que se encontraba la España franquista desde 1945. A par-

tir del 57 comienza la recuperación económica, la apertura al exterior, el flujo de turistas, con la consiguiente entrada de divisas, y que van a posibilitar el despegue económico. Los obreros españoles, pobremente pagados e incentivados por los salarios más altos y por los niveles de vida desplegados por los turistas de vacaciones en los lugares rurales, allí donde precisamente esos estímulos de mayor nivel de vida actuaban más fuertemente, unido a la insuficiencia de puestos de trabajo y al fin de la política económica del Gobierno, tendente al mantenimiento del pleno empleo, hicieron que el atractivo de la consecución de salarios tres o cuatro veces más altos que en España, además de una oferta de trabajo prácticamente ilimitada, actuará como determinante para la emigración.

Pero esto, además, no sólo desde un punto de vista particular, para los trabajadores, sino de igual forma para el régimen, cuya funcionalidad fue puesta de manifiesto por su ministro de Trabajo en febrero de 1964, que declaró que el Gobierno «considera la emigración española como una necesidad provocada por los objetivos de nuestra política»¹.

Las consecuencias fueron claras. El incipiente aperturismo político, unido a la disminución de la oferta de fuerza de trabajo, hizo posible el atenuamiento de las draconianas condiciones de trabajo y un inicio de actuación de los sindicatos. Por otro lado, y como reflejo de lo anterior, la emigración acudió en ayuda del sistema como fenómeno de evitación o atenuamiento de tensiones y conflictos laborales.

Después de estas generalidades

acerca del fenómeno migratorio, discutibles quizá en algún punto, quería entrar en la consideración de otro aspecto de no menor importancia: el retorno del emigrante, aspecto que no debía de ser considerado de una forma aislada del estudio de la emigración, por cuanto, como señala Garmendia, «... la inmensa mayoría de los emigrantes continentales, por no decir la totalidad, salen de España con la idea del regreso definitivo».

No deja de resultar como mínimo paradójico que un libro que lleva como segundo título (segundo por su ubicación en la portada) *Marco general de la emigración de retorno*, apenas si dedica una sexta parte de él, de forma explícita, a abordar el tema.

Hay que tener presente que el abordar la problemática del retorno no parece fácil. En primer lugar, un obstáculo no desdeñable surge de la actitud de reserva, cuando no de franca negativa, bastante generalizada ante las encuestas. Este hecho es puesto de manifiesto en la «Introducción» del libro, en el que nos muestra de forma clara dicho comportamiento: de 11.148 contactos, aceptaron ser encuestados 1.568 retornados.

En segundo lugar, habría que situar las dificultades de seguimiento de un colectivo cuyo cálculo numérico, ya originariamente presenta problemas. Si ya resulta difícil, por no decir imposible poseer unas buenas estadísticas de emigrantes debido a varias razones (errores de cálculo en las series, no consideración de la emigración clandestina, tratamiento «político» en la selección de datos), cuanto más no va a suponer el tenerlas de retornados: el problema lógicamente se multiplica.

Por último, las mismas «ambiciones» del estudio ante el hecho de

¹ Antonio BALLESTER HERRERA, *Actualidad Económica*, 22 febrero 1964.

abordar también una problemática como el retorno, cuando ya la emigración por sí misma presenta importantes aspectos a tomar en consideración que llenarían el espacio y el tiempo que el autor quisiera concederles.

No obstante, si consideramos que emigración y retorno son dos momentos del «continuum» de la actividad social y laboral del individuo que emigra, momentos que van a marcar en un sentido o en otro, pensamos que el análisis conjunto de ambos fenómenos, cuando ello sea posible, puede aportar valiosos datos para una mejor comprensión acerca de ciertas actitudes y comportamientos del emigrante, así como posibilitar la puesta en marcha de aquellos mecanismos que hagan viable la plena integración social y laboral del retornado, problema central de la política de retorno.

La parte tercera del libro (unas 70 páginas) lleva el título de «El retorno», aunque lo cierto es que, de los tres trabajos que lo componen, el primero, «Análisis de entrevistas libres a emigrantes y expertos españoles», apenas si lo toma en consideración. Los autores a través de 21 encuestas realizadas en distintos puntos de Alemania, Suiza y Francia ponen de manifiesto ciertas actitudes y problemas de los emigrantes (integración, marginación, condiciones de trabajo, comportamiento político y sindical, actitudes hacia la nueva sociedad...). Se pone fin al trabajo con la indagación acerca del retorno a España, encontrando una actitud de gran escepticismo en cuanto a su posibilidad, por parte de los jóvenes en especial, ante el temor al paro. Este trabajo, considerando las escasas líneas que dedica al tema y la trivialidad de las conclusiones, no parece que suponga

una aportación que merezca mayor interés, si no es su crítica.

Caso distinto es el segundo trabajo «Algunos problemas básicos de ajustamiento y desviación en la readaptación del emigrante de retorno».

Parece ser que todos los autores están de acuerdo en reconocer que uno de los problemas fundamentales del retornado (dejando aparte el del empleo), es el de la readaptación, readaptación que supone serios problemas por cuanto la sociedad en la que va a vivir el retornado no es la primitiva ya que, por lo general, está condenado a una segunda emigración impuesta por las nuevas condiciones laborales en las que se encuentra el retornado. El autor va a ver cómo este proceso en sus dos vertientes (ajustamiento-desviación) se encuentra influido por ciertas variables (cualificación del retornado...), así como algunos aspectos que operan en el proceso de readaptación del emigrante (interés por la política, actividad sindical...).

Partiendo del hecho de que se ha producido un cambio en la estructura ocupacional del emigrante (ya que éste ejercía originariamente en su mayoría una actividad agrícola), deduce el autor que se ha tenido que operar al mismo tiempo algún cambio de actitudes, de ideología, consecuencia de las nuevas vivencias a las que ha estado sometido el emigrante, y es precisamente por esta vía de las nuevas experiencias vividas por el emigrante cómo se verifican las posibles modificaciones actitudinales, ya que no parece que el contacto con una cultura que los emigrantes sienten absolutamente ajena a ellos y prácticamente sin conexiones con la propia, opere en el sentido de modificar éstas.

Esto nos introduce en dos proble-

mas: el de la integración cultural, o mejor no adaptación a la cultura global, que el autor trata en otro artículo y del que se hablará más adelante, y el de qué forma esas nuevas experiencias van a guiar o señalar el proceso de readaptación. Así, el emigrante a su regreso se inclinará por una ubicación laboral más industrial que la de origen, produciéndose por tanto una segunda emigración, que si bien no es tan traumática para el individuo como la primera, por existir una mayor afinidad de carácter, lengua, etc., no deja de originar en él desajustes y tensiones.

Según el autor, existen algunas variables que pueden explicar las diferentes actitudes ante la readaptación, y ése es el caso de la variable «capacidad profesional». Así, considera que existe una relación directa entre el grado de capacitación-formación profesional y la voluntad de comunicación-participación-adaptación del emigrante en las sociedades receptoras, y por extensión, se puede sospechar que ocurre algo similar con respecto a los procesos de adaptación y conflicto del retornado en España. Esto parece ser evidente y demostrable, siempre y cuando las diferencias de ocupación del emigrante en los países emisor y receptor no sean excesivas, ya que en caso contrario la frustración ocasionada por el descenso de *status* sociológico puede producir serias tensiones que impidan el proceso de adaptación. Esto con respecto a la emigración de retorno.

En cuanto a la situación del emigrante en el país receptor, si tenemos en cuenta, como ya se dijo antes, que la inmensa mayoría de la mano de obra emigrante procede de un medio rural con relaciones vitales y formas de trabajo tradicionales cabe esperar

que los problemas no vengan tanto por el lado de la frustración ante unas expectativas que no se cumplen en el país receptor, como por el cambio tan absoluto que supone la entrada laboral en un medio industrial avanzado ante la incapacidad manifiesta de comprensión del proceso en el que está inmerso por esa misma falta de preparación.

Considera el autor que una medida de la capacidad de readaptación y participación en la sociedad de origen puede ser la variable «grado de interés por la política», encontrando que, para el caso de los emigrantes retornados, es superior a la media nacional para 1975. Esto, según el autor, «... viene a corroborar el impacto de la experiencia migratoria en la politización del retornado», conclusión en la que no parece que estén de acuerdo otros trabajos, y que se comentará más adelante. Observa también el autor la dependencia existente entre la preparación técnico-profesional «de partida» y el posterior interés de participación política al volver a la sociedad de origen, y concluye afirmando que la capacitación profesional y la voluntad de participación social están, sin duda, estrechamente relacionadas.

Por último, el autor expone un proyecto de acción política para la emigración de retorno. Los campos de actuación serían tres: la propia sociedad de emigración, que tendría como misión fundamental el entrenamiento del emigrante para hacer más rentable la venta de su fuerza de trabajo, así como la puesta en marcha de un buen servicio de información del mercado de trabajo y otras medidas sociales; la sociedad receptora, que tendría que ocuparse de manera preferente de hacer realmente operativo el principio

de «igualdad de oportunidades» en cuanto a posibilidades de formación y capacitación de los emigrantes, y de la creación de filiales de empresas con emigrantes en los países de emigración; y por último, desde ambas sociedades al mismo tiempo, realizando una política conjunta de «rotación de emigrantes» es decir, regulando el relevo periódico de éstos.

Uno de los aspectos más destacables de fenómeno migratorio es el relativo al papel que cumple la emigración como modelador y fuerza actuante de primer género en la interiorización de los valores y pautas de lo que se ha dado en llamar sociedades de capitalismo avanzado. Esta asunción de nuevas normas de conducta, creemos que eminentemente laborales, son las que pone de manifiesto el autor en el trabajo «Análisis de encuestas a Directores de Personal».

A través de 86 encuestas efectuadas a directores de personal (71 con emigrantes y 15 sin ellos), el autor intenta poner de manifiesto hasta qué punto actúan los prejuicios en la percepción de las características del retornado, contrastando los datos con los resultados de las encuestas llevadas a cabo entre directores de personal sin emigrantes en sus empresas.

Así, encuentra el autor que los directores de personal son emigrantes en sus empresas, piensan que éstos son más trabajadores, tienen una mayor estabilidad laboral y una mejor preparación técnica que el resto de la plantilla, percepción que se acentúa en el caso de los que no tienen emigrantes.

En cuanto a la actividad política y sindical, el emigrante retornado es menos conflictivo y sus reivindicaciones son eminentemente de carácter laboral (mayor racionalización, mejora

de las condiciones generales de trabajo...).

A partir de las conclusiones que el autor saca no parece que se pueda deducir una mayor politización del emigrante retornado como el autor del trabajo anterior comenta, sino más bien todo lo contrario: una mayor aceptación del orden social y laboral establecido.

Para finalizar con la problemática del retorno hay que mencionar el intento de cuantificación llevado a cabo en otro artículo no englobado precisamente en la parte del retorno, pero que, para seguir la temática iniciada, se comentará ahora.

Para realizar esta tarea el autor parte del número de emigrantes continentales asistidos por el I.E.E. en un cierto período, cifra a la que añade un 50 por 100 de emigrantes clandestinos que, según la mayoría de los autores, es la media de los no asistidos.

Por otro lado, considera la mano de obra española ocupada en los países de destino al final del último año del período considerado. El saldo migratorio vendría dado, por tanto, por la diferencia entre los dos valores considerados, es decir, emigrantes clandestinos, menos la mano de obra ocupada en cada país de destino al final del último año del período considerado.

La elección de una metodología de trabajo correcta es el primer paso para el desarrollo de una investigación que aspire a ser rigurosa. A veces es la única libertad que se puede permitir el científico social: el recurso a su independencia metodológica como única elección «libre» llena la actividad de más de un científico social.

El uso de una determinada técnica en el estudio de un cierto fenómeno

está claro que no excluye el uso de otra u otras que, además, pueden ser más operativas según el aspecto de que se trate del fenómeno general. Pero, además, es que dada la diversidad axiológica del trabajo presente, quizá por eso mismo, la diversidad metodológica existente era, sin duda, una condición necesaria para poder abordar determinados aspectos del fenómeno migratorio.

Las dos técnicas de trabajo mayoritariamente utilizadas (encuestas y estadísticas) adolecen en sus resultados de serios problemas, teniendo que ser tratados los datos proporcionados por ellas con toda reserva, por cuanto, como hemos dicho más arriba, son métodos que padecen de claros inconvenientes (falta de aleatoriedad, rigidez en las respuestas del cuestionario, el primero, y estadísticas poco veraces, el segundo).

Tampoco existe una uniformidad axiológica, como se ha dicho más arriba. Cada autor ha valorado distintos aspectos del fenómeno migratorio, lo que contribuye a ofrecernos una panorámica bastante amplia del fenómeno migratorio.

Por fin, y para terminar, intentaremos resumir uno de los trabajos que consideramos más interesantes, por cuanto nos parece que aborda un aspecto del fenómeno migratorio no muy estudiado: el papel que desempeña la familia y la escuela en el proceso de socialización, adaptación y control de las familias afectadas por la emigración.

La elección de este artículo se ha hecho en base a lo que suponemos que es un aporte considerable en el estudio del fenómeno migratorio.

La reflexión sobre aspectos tales como el demográfico o el contexto socio-económico de la emigración,

pensamos que han sido abordados con más frecuencia, y que estos trabajos, aun siendo interesantes, creemos que no proporcionan nada nuevo a su conocimiento. Sin embargo, aun cuando es sobradamente conocido el papel que la institución familiar y educativa desempeña en la vida del individuo (socialización, colocación social...) la explicitación de cómo opera «en concreto» en las familias con miembros en la emigración, cuando precisamente esta situación las hace convertirse en la antítesis, en la contradicción de lo que es una familia (que se define por sus funciones), nos parece que además de ampliar nuestro conocimiento de tales instituciones en general y en situación «normal», puede servir, al mismo tiempo, para desentrañar ciertos comportamientos del emigrante y de su familia.

Resulta sumamente clarificador del verdadero papel que desempeña una institución ver cómo ésta se mantiene, aun cuando deja de cumplir las funciones para las que ha sido creada. La falta de lógica aparente de esta situación, nos remite necesariamente al papel capital que desempeña para la estabilidad del sistema, estabilidad lograda mediante la socialización del individuo en las normas imperantes.

El autor, a lo largo de las páginas de su trabajo, va a analizar cómo el capitalismo necesita para la consecución de sus objetivos (léase mayores beneficios) producir una fuerza de trabajo disciplinada. Para el logro de esta meta tendrá como inestimables apoyos la familia y la escuela.

Del hecho de que el emigrante deje su familia en el país de origen se van a derivar, según el autor, una serie de hechos. Para la mujer va a suponer una situación de inseguridad y tensión

constantes, debido a los problemas inmediatos a los que tiene que hacer frente sin ayuda del marido, unido a una permanente represión sexual. Para los hijos va a incidir este hecho de varias formas. De un lado, la falta de una situación afectiva sana va a propiciar un rendimiento académico más bajo y una orientación escolar hacia futuros oficios seguros y rápidos; de otro, el sin sentido de la permanencia del rol tradicional del padre (cuando éste está fuera) puede provocar en los hijos reacciones de sumisión incondicional o de rebelión. En lo que respecta a la vida del emigrante, la explotación, la difuminación de la conciencia de clase y la paralela producción de una específica ideología (el recuerdo de la patria y la diferenciación que los separa de la población autóctona).

Piensa el autor que el hecho de que emigren padres e hijos tiene un gran interés funcional, ya que «el equilibrio y la estabilidad emocional que se supone produce la mujer, sigue actuando, el trabajador rinde más, y el carácter insular y segregado que reviste la familia emigrante, la hace conservar los valores de su sociedad de origen». Como contrapartida, surgen los problemas de vivienda, de educación de los hijos y adaptación al nuevo hábitat. Los problemas de educación de los hijos adquieren especial relevancia, problemas que vienen dados por las dificultades del idioma y las de adaptación al sistema educativo del país receptor: como resultado, el bajo rendimiento académico y la consiguiente marginación y segregación de los hijos de emigrantes.

Este conglomerado de situaciones penosas hace que el emigrante y su familia se aísle, viva separado de la sociedad en la que habita y que los únicos contactos que realice sea entre

trabajadores de su misma procedencia. Esto favorece la separación entre las capas de trabajadores naturales del país y los emigrantes, favoreciendo la estabilidad social y diluyendo la conciencia de clase.

Pero junto o al mismo tiempo que se produce esta situación de aislamiento de la familia emigrante, se opera otro proceso de distinto signo. «Si la marginación puede reforzar el universo axiológico, cultural y normativo que la familia ha abandonado espacialmente, la adaptación a los criterios de la vida cotidiana en la sociedad receptora transformará ciertos esquemas y rituales de este núcleo familiar en la línea de la modernización, de la adaptación a las nuevas exigencias de la producción y del consenso: reducción de la natalidad, salida de la mujer del ámbito del hogar para incardinarse en el mundo laboral, cierto reparto de las tareas domésticas, etc.»

Pero es esto todo lo que está dispuesto a permitirle la sociedad receptora, ya que de lo que se trata es de impedir que el emigrante se llegue a integrar en ella: lo único que tienen que interiorizar es el espíritu de sacrificio y la disciplina del trabajo. Para evitar esta integración, la sociedad receptora favorecerá la puesta en marcha de toda una serie de mecanismos: «la familia como institución monopolizadora del afecto y de la seguridad (pues la sociedad es la amenaza, el riesgo, la explotación); la memoria de la patria como lugar exclusivo para vivir (trabajar ya es otra cosa, se trabaja allí donde quiere el capitalismo) y el ahorro como medio que compense las fatigas de la emigración y cubra un eventual desempleo».

La familia amortiguará las tensiones sociales, creando un clima de seguridad y neutralizando los conflictos al

mismo tiempo que dará sentido a la emigración del trabajador, siendo el «reclamo de la emigración» y el «seguro de que dispone el poder para seguir explotando bajo nuevas formas al trabajador».

Pero no obstante, piensa el autor, estas funciones mantenedoras del orden social no pueden ser llevadas a cabo sin la modernización de la estructura familiar. En esta línea está la adopción de nuevas pautas en lo relativo al número de hijos (que se ajusta al de la sociedad receptora, disminuyendo, por tanto) y la ruptura temporal con el primitivo grupo familiar, para formar otro en el país receptor, pero que en última instancia lo que hace es impedir que el emigrante rompa con la institución.

Sostiene el autor que el sistema educativo se manifiesta como uno de los mecanismos más eficaces para mantener a las personas en la dominación, ya que «disciplina a los individuos, racionaliza la desigualdad y transfiere el conflicto social a una institución que lo neutraliza», convirtiéndose la

escuela en el elemento clave para el mantenimiento del orden, ya que ella viene a rellenar el hueco de vacío de autoridad dejado por el padre, facilitando, al mismo tiempo, el paso de la familia tradicional a la moderna.

La condición de trabajador emigrante va a determinar, según el autor, la de sus hijos en el sistema escolar: la segregación cultural y social será la respuesta del sistema educativo ante las demandas de una equiparación de educación con los nativos, segregación, segregación de la que es buena muestra la creación de las «clases especiales experimentales» y que se va a mantener mediante el recurso por parte del sistema educativo a la «enfermedad mental, el bilingüismo y el biculturalismo» de los hijos de los emigrantes, viéndose así «... reducidos a un mecanismo escolar que les lleva al extremo opuesto de aquellas expectativas falsamente introyectadas por el trabajador emigrante».

AURORA ROJO

La clase obrera en la transición democrática

VÍCTOR PÉREZ DÍAZ

(Fundación del INI, 1980)

En plena etapa de transición democrática, mientras las fuerzas políticas redactaban por consenso la nueva Constitución española y, al mismo tiempo, intentaban paliar los efectos de la crisis económica mediante la firma de los Pactos de la Moncloa, los obreros españoles estrenaban elecciones sindicales libres, dejando atrás el

largo período de pasividad obligada de la dictadura para integrarse en otro nuevo donde no solamente podrían manifestar sus deseos y aspiraciones, sino que eran requeridos por todas las organizaciones políticas para que participaran, mediante el voto y manifestaciones populares en la configuración del nuevo orden democrático que se

estaba constituyendo. En un corto espacio de tiempo (aproximadamente dos años) la sociedad civil española se ve inmersa en un período de transformación que, si bien no es profundo, sí es lo suficientemente fuerte como para provocar, al menos en su inicio, cambios sustanciales en las actitudes, expectativas y en las conductas de los diferentes grupos sociales, especialmente en la clase obrera por haber sido ésta la que sufrió en el régimen anterior las mayores limitaciones para conseguir que sus aspiraciones e intereses fueran tenidos en cuenta, posibilidad que se abría con el nuevo régimen al contar con organizaciones —partidos y sindicatos— que la representaban, capaces de forzar que estos intereses fueran considerados y de participar a través de ellas en el nuevo orden social y económico.

El proceso de cambio político estaba en marcha, ahora había que conocer cuál era el grado de vinculación de la clase obrera en este nuevo orden político y a través de él en el orden social y económico.

Al estudio científico de la implicación de los trabajadores en la recién creada democracia española van dirigidas las investigaciones de Víctor Pérez Díaz, realizadas en el invierno 1978-79 en el marco del Programa de Investigaciones Sociológicas de la Fundación del INI y parte de las cuales están recogidas en su último libro: *Clase obrera, orden social y conciencia de clase*¹. El libro, basado en los resultados obtenidos a lo largo de una rigurosa investigación empírica por medio de un formulario cuidadosamente elaborado y al cual han respondido más de 3.500 trabajadores, no

sólo aporta una valiosa información acerca de las tendencias y opiniones de la clase obrera, sino una interpretación de la evidencia empírica obtenida, la cual se convierte en un importante punto de partida para realizar un debate que lleve hacia un mayor conocimiento de la clase obrera española y, por tanto, ayude a comprender y esclarecer la compleja estructura social española.

El volumen está compuesto por tres estudios sociológicos sobre las opiniones y la conducta de los obreros españoles ante la vida política y económica del país. El autor comienza llamando la atención sobre la dificultad para definir a la clase obrera y para fijar sus límites «donde a veces se incluyen segmentos muy amplios de los asalariados de la Industria, Servicios e incluso de la Agricultura» y sobre la importancia de este grupo social a la hora de intentar cambios sustanciales en la estructura económica y social del país, en especial para todas las estrategias políticas y sindicales que tienen como objetivo, a medio o largo plazo, la transformación socialista de la sociedad.

En el primer trabajo, Víctor Pérez Díaz se pregunta sobre el modo de inserción-antagonismo de la clase obrera en el orden social, entendido éste como el conjunto de cuatro subsistemas de relaciones sociales: el económico, el político, el cultural y social o societal.

La adhesión de los obreros españoles a las instituciones políticas democráticas, parece suficientemente demostrada por el alto porcentaje de participación en las consultas electorales celebradas en los años 1976, 1977 y 1979. Además, es legítimo pensar que esta adhesión es consciente y sólida, dado los sentimientos políticos ex-

¹ Víctor PÉREZ DÍAZ, *Clase obrera, orden social y conciencia de clase*. Fundación del INI (1980).

presados, cuándo y dónde era posible durante el régimen anterior y la conducta efectiva, no sólo electoral, de los trabajadores en la etapa actual. Hay que hacer la distinción entre la clase obrera y los partidos políticos y, si bien el apoyo popular se manifiesta a través del voto, hay que analizar las expectativas que hay detrás de ese voto, su sentido y si ese apoyo se mantiene, y cómo, en los períodos no electorales. Dado que el grado de afiliación a partidos entre la clase obrera es muy bajo (escasamente un 6 por ciento repartidos, de manera prioritaria, entre partidos de izquierdas, PSOE y PC), hay que preguntarse sobre la mayoría no afiliada y su grado de aceptación de la línea política de los partidos de izquierdas. Los resultados de la encuesta revelan una ambigüedad. Si bien la clase obrera, en un espectro político de izquierda a derecha, se ubica a la izquierda, símbolo de cambio ligado al desarrollo y al progreso, a la hora de un compromiso real guardan cierta distancia respecto a las ofertas de dichos partidos, al igual que con el Gobierno, y no parecen esperar de ellos la solución de los grandes problemas. La intención de voto es compatible con que la inmensa mayoría de los trabajadores no creían en la existencia, ni estaban a favor, de una alternativa de la izquierda al Gobierno. La clase obrera acepta este sistema político y participa de él, pero con mucha cautela tanto hacia el Gobierno como hacia los partidos de izquierdas a los cuales otorga su voto y no está dispuesta a comprometerse en actividades políticas.

Para el estudio de la vinculación de la clase obrera al orden económico, Víctor Pérez Díaz analiza —siempre en base a los resultados obtenidos

por la encuesta— la conducta y actitudes frente a la empresa y los sindicatos.

La actitud de gran parte de los trabajadores hacia la empresa parece tener un alto grado de satisfacción y tolerancia, si bien, en el período estudiado aumentó considerablemente la conflictividad y el absentismo laboral. Esto, que es una fuerte paradoja, da una muestra de la complejidad de toda relación social y nos pone sobre aviso de que el tema merece un tratamiento esmerado.

La tendencia favorable hacia la empresa y su valoración positiva del puesto de trabajo por parte de los obreros pueden estar motivadas, según el autor, por un conjunto de factores que van desde un incremento sustancial de nivel de vida en los últimos diez años, una debilidad negociadora por parte de la empresa y por una suavización de la disciplina laboral y por la coyuntura crítica que atraviesa el mercado laboral que hace que los trabajadores refuercen el valor que conceden al disponer de un puesto de trabajo.

En lo que respecta a la elevación de la conflictividad y el absentismo, Víctor Pérez Díaz dice que «estos hechos no niegan los datos de satisfacción relativa en el puesto de trabajo y la empresa» y su explicación puede buscarse en la frustración de unas expectativas de alzas salariales generadas por la experiencia anterior y los efectos de la inflación que ha traído un ligero retroceso del nivel de vida, unido a «la disminución relativa del riesgo en los últimos años para el colectivo obrero de los conflictos, relacionado con la debilidad negociadora de las empresas y con las condiciones legales generadas por la transición en una situación de crisis» y que posi-

blemente hay un desplazamiento de actividades de reivindicación y protesta hacia el terreno de la empresa y las relaciones laborales, que puede estar motivado por un aumento de desconfianza hacia la evolución del marco económico y social en los últimos años, que ha generado altos índices de inflación y de paro, y por falta de confianza en que el Gobierno y las organizaciones políticas y sindicales sean capaces de resolver el cúmulo de problemas que el país tiene planteados y dado que, también en el terreno público de la política nacional, sindical y municipal están reducidos a un papel de espectadores, el único marco de actuación que les queda a los trabajadores es el de la empresa, donde pueden influir sobre aspectos y problemas concretos dando salida a la carga emocional —provocada por la impotencia para resolver problemas de índole más general— mediante cierta forma de acción directa que les permita resultados en el campo de la empresa.

A pesar de su satisfacción relativa con las condiciones del puesto de trabajo, del equipo y del trato recibido y, por tanto, con la empresa, los obreros no la aceptan como una comunidad moral, ni a la autoridad empresarial como una autoridad legítima, y desean una mayor información y participación en los temas de salarios, de política de personal y gestión económica.

Respecto a los sindicatos, las dos terceras partes de los obreros españoles han optado por sindicatos de clase de signo relativamente próximo y homogéneo, prioritariamente por CCOO y UGT. Nuevamente nos encontramos aquí que su apoyo no es incondicional y que se refiere no sólo al contenido de la actividad, sino a

la forma de interacción dentro de la empresa entre el sindicato y el colectivo de trabajadores. Al igual que en la vida política existe una limitación en el apoyo a los partidos mayoritarios de izquierdas: PSOE y PC, el apoyo de la clase obrera es parcial a las centrales sindicales y desean mantener cierta autonomía y control directo sobre la acción colectiva en la empresa, optando prioritariamente, a la hora de establecer un órgano de negociación de un convenio, por las Asambleas, aun siendo conscientes de su posibilidad de manipulación y por representantes que puedan ser revocados en cualquier momento, si así lo deciden los trabajadores.

Cabría señalar que en la encuesta recogida en los últimos meses de 1979 por APD² se ha detectado un rápido proceso de disminución del fenómeno asambleario, hecho que puede estar relacionado directamente con el abandono, cada vez más claro, de las posiciones asamblearias por parte de Comisiones Obreras y su acercamiento a la política sindical de UGT, donde las negociaciones son llevadas por las cúpulas sindicales.

Una vez analizados la vinculación de la clase obrera a los órdenes político y económico, queda por ver el grado de implicación real en el régimen capitalista como tal.

La implicación real queda de manifiesto en tanto que los obreros son productores y ejecutores de las tareas de producción en las empresas capitalistas y consumidores de bienes, no sólo materiales, sino culturales. Estos hechos irrefutables pueden ir unidos a una actitud de aburguesamiento o,

² Asociación para el Progreso de la Dirección, *Estudio socio-laboral de la empresa española* (primer análisis), 1981.

por el contrario, a una actitud sumamente crítica, hay que conocer la valoración global que la clase obrera hace del conjunto del sistema social y su actitud frente a la conservación o transformación del sistema.

La clase obrera vota socialista o comunista entre un 70 y un 75 por ciento y se afilia a los sindicatos vinculados a estos partidos en un porcentaje mayoritario (aproximadamente un 70 por 100)³.

Estas organizaciones tienen como objetivo estratégico a medio o largo plazo la consecución de un sistema socialista, pero si sobre el cambio del sistema capitalista al socialista existen un gran cúmulo de sobreentendidos y ambigüedades en aquellas organizaciones, aún mayores cuando son los trabajadores los que lo definen directamente.

Según el conjunto de opiniones recogidas entre la clase obrera no existe en ella un sentimiento general de rechazo del orden capitalista y sí un apoyo al saneamiento del capitalismo en crisis, aunque esto no implica un sentimiento positivo de adhesión, sino una ausencia de radical rechazo del mismo.

Considerando el conjunto de actitudes de los obreros ante la empresa, la política económica de los Pactos de la Moncloa y la valoración de su evolución en los últimos años y sus expectativas para los próximos cinco años, el balance de esta consideración es la ausencia de una actitud crítica hacia el orden socioeconómico existente. Aunque esto no signifique que lo

acepten como tal y que no deseen ciertas transformaciones importantes del mismo, dichas transformaciones están orientadas por el deseo de una mayor libertad o autonomía, tanto en la empresa como en las organizaciones políticas y sindicales y la reducción del poder de una «minoría de poderosos» que impiden la reforma gradual de la sociedad y la distribución equitativa de los frutos del desarrollo económico.

Aunque se observa temor a la capacidad de esa minoría para imponer sus intereses, de este dato no puede inferirse que la clase obrera tenga una percepción de orden social como sistema basado en el enfrentamiento directo de dos clases antagónicas. En cualquier caso, la presente investigación no agota el tema y se hace necesaria una ulterior investigación más completa sobre este punto.

Es visible una importante adhesión y una valoración positiva del símbolo «socialismo», pero esa adhesión no implica que se desee, hoy por hoy, una alteración radical del orden socioeconómico existente, sino que ese socialismo presione para lograr un grado mayor de libertad y autonomía de los obreros con relación a todas las organizaciones, incluidas las de izquierdas, y consigan una reducción del poder de los «poderosos», y una mayor igualdad.

Las expectativas pueden parecer moderadas si se las compara con las referencias ideológicas radicales en el discurso de las organizaciones obreras sobre el socialismo, y cabe pensar que si los obreros les votan apoyan esas pretensiones radicales, pero de hecho el contenido radical en los programas de dichas organizaciones es más bien confuso y vacío y se ha reducido en gran medida al nivel de un complejo

³ Para un conocimiento pormenorizado de la distribución de la clase obrera, así como de sus orientaciones políticas y sindicales, véase Víctor PÉREZ DÍAZ, *Clase obrera, partidos y sindicatos*. Fundación del INI, Madrid, 1979.

simbólico que provoca sentimientos de carácter muy general. Al analizar los debates sobre el marxismo, como por ejemplo, el que se dio en el PSOE en la primavera del 79 (en el que sólo un 30 por 100 de sus votantes tomó partido en las discusiones) cabe pensar que por estos temas la clase obrera tiene escaso interés y que estos símbolos son vistos como extremadamente indeterminados.

Por otra parte, los que participan mayoritariamente en el debate son sectores profesionales y otros segmentos de las clases medias que, a su vez, nutren la «Intelgentzia» radical y los cuadros de las organizaciones obreras. Si, como suponemos, no hay interés de los obreros por este tipo de debates, estamos ante una estrategia no realista que acaba produciendo un «efecto alucinatorio que consiste en una inversión de sobrecarga emocional en la construcción de ideologías, un rechazo de la resistencia y del test de la realidad y una creencia implícita en la omnipotencia de las ideas».

Obreros, partidos y sindicatos ante la crisis

El segundo estudio de este libro que venimos reseñando, tiene como finalidad el análisis de las actitudes obreras y las estrategias políticas de partidos y sindicatos ante la crisis actual y la comprobación empírica de que el sistema democrático produce un mayor «consentimiento» obrero del orden social, como resultado a un doble proceso de desarrollo de acuerdos sustantivos y mecanismos de voz⁴,

⁴ Término usado por el autor como equivalente del ejercicio de expresión, presión y poder (p. 70). Víctor PÉREZ DÍAZ, *Clase obrera, orden social y conciencia de clase*.

es decir, mediante un «contrato social».

En períodos de crisis, como el que estamos atravesando, los factores que aseguran la acumulación del capital chocan con los términos sustantivos del contrato social, dando lugar a tensión entre los dos objetivos básicos del sistema capitalista: obtener su legitimación y asegurar la acumulación y el funcionamiento de la economía. En el pasado se obtuvo un cierto compromiso entre ambos, y hoy hay que analizar si el acuerdo se consigue o si bien estamos en presencia de una contradicción que se intensificará hasta el colapso social, abriéndose la posibilidad objetiva de una transformación hacia el socialismo con la que tantos marxistas sueñan.

Las organizaciones obreras frente a la crisis del sistema capitalista se encuentran en una difícil disyuntiva. A pesar de sus declaraciones, en los últimos años han actuado con bastante moderación, pero manteniendo algún tipo de compromiso con el proyecto de la transformación socialista, si bien ni las organizaciones ni sus seguidores están convencidos de la transformación socialista en la práctica, ya que los trabajadores quieren conocer a dónde se dirigen y tienen que atenerse al socialismo conocido, algo que ni los propios partidos desean, o bien aventurarse en un experimento social profundo, y para eso tiene que albergar intensos sentimientos de hostilidad contra el sistema social vigente y una fuerte adhesión hacia los partidos y, como se ha dicho anteriormente, no parece haber evidencia de que estos sentimientos intensos se den entre la mayoría de la clase obrera, las respuestas a la crisis de los partidos y sindicatos de izquierdas son de carácter implícito y ambiguo, favoreciendo

que la discusión pública más que girar en torno al contenido de los programas políticos y económicos, desvíe su atención hacia la confianza que debe darse a los líderes y partidos, eludiendo así una alternativa clara al sistema y a los puntos conflictivos de la crisis.

En los últimos veinte años, en la Europa Occidental los trabajadores, a través de los sindicatos, han conseguido un importante grado de control sobre el mercado de trabajo, poniendo límites a la libre decisión empresarial en cuestiones de política de empleo. La rigidez del mercado del trabajo ha dado origen a un proceso diferenciador entre un núcleo de trabajadores centrales (cualificados y semicualificados) y otro de trabajadores marginales (emigrantes, mujeres, obreros semi y descualificados).

Los sindicatos están compuestos prioritariamente por los trabajadores centrales y la defensa de sus intereses ocupa un lugar preferente en su actuación, pero se sienten obligados, por sus principios, a la defensa del conjunto de los trabajadores. Este conflicto lo resuelven, en un principio, ocupándose principalmente de los intereses inmediatos de los trabajadores centrales y denunciando al mismo tiempo las consecuencias que esto tiene para los trabajadores marginales. Pero cuando la crisis se agudiza y los trabajadores centrales sienten próximo el desempleo, y en los marginales se acentúa el sentido crítico, han de adoptar posturas en el debate sobre el capitalismo y la inversión privada, y ya que no son capaces de mantener posturas marcadamente en contra ni a favor del capitalismo, han de optar por una política ambigua que llevan a cabo desviando la atención hacia los fines políticos, con una discusión

apresurada de los medios y enfrascándose en políticas indeterminadas y mediante un apoyo vago a una política económica similar a la del Gobierno, a cambio de un incremento sustancial de influencia en las decisiones, ejerciendo presión a favor de diferentes líderes o distintas combinaciones de poder.

Con ello evitan un debate profundo sobre la política económica e intentan que aumenten los sentimientos de desconfianza hacia el Gobierno y capitalizar políticamente el descontento de sectores de la población hacia el sistema capitalista, manteniendo un cierto grado de radicalismo verbal que mantiene activos a parte de sus votantes que pueden ser utilizados como medio de presión para conseguir que, en la revisión de los acuerdos sustantivos del contrato social, se intercambien las desventajas sobre ingresos y estabilidad de empleo por una mayor participación en el poder de las organizaciones obreras.

Los obreros españoles, que a través de sus actitudes en torno al capitalismo, el Gobierno, los empresarios y los sindicatos manifiestan un bajo nivel de conciencia de clase, ante esta política consensuada y a pesar de que el refuerzo de los mecanismos de voz van en detrimento de los acuerdos sustantivos en este período de crisis que se está atravesando, actúan dando gran parte de su consentimiento y su apoyo al sistema político existente y a través de él al orden social, siempre que se mantenga alguna variante del contrato social.

Para la afirmación de estos acertos, el autor se apoya durante todo el trabajo en la evidencia empírica obtenida a lo largo de la investigación, en la cual nos introduce, mediante los datos recogidos de investigaciones propias y

ajenas, intercalándolos en sus interpretaciones personales.

Dentro del mismo apartado, Pérez Díaz hace una valiosa exposición del origen y del desarrollo de la crisis en este país, así como del comportamiento de la clase política española a lo largo de la década de los 70.

Cabe señalar que en el momento actual, primavera del 81, los sindicatos y partidos de izquierda se han desprendido de buena parte de la ambigüedad hacia el sistema social. Este cambio hacia posiciones más moderadas (realistas) no sólo en los hechos, sino explícitamente, parece tener dos causas: el agravamiento de la crisis, a la que no se ve salida fuera del sistema y el peligro que para la continuidad de las instituciones democráticas supone mantener un alto grado de enfrentamiento de clase. La «clase política» en su sector de izquierdas se ha dado cuenta, después del intento del golpe de Estado del 23 de febrero que la democracia se les puede ir de las manos si continúan manteniendo su retórica radical.

Por último, si una crítica ha de hacerse a este estudio, ésta ha de ir encaminada a señalar la insuficiencia del método de investigación utilizado para una aproximación rigurosa a algunos aspectos concretos de la realidad que se desea conocer. Si bien el autor, a lo largo del libro menciona explícitamente estas limitaciones, no por ello deja de hacer una serie de afirmaciones que, en mi opinión, deberían ser nuevamente consideradas a la luz de las interpretaciones que hagan los propios trabajadores del conjunto de los datos recogidos en el estudio y de las conclusiones a las que llega el investigador, obteniendo así la validez o invalidez, total o parcial, de los resultados de la investigación. De esta forma no sólo se convierte a los trabajadores obreros en sujetos activos de la investigación, sino que se establece una dialéctica entre la subjetividad obrera y la objetividad del científico que nos llevaría hacia una comprensión más ajustada y precisa de la realidad.

ALICIA GARCÍA FRUTOS

La formación de sociólogos en las Universidades de los países socialistas

R. SCHILLER

(VII Crónica e Información. Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania, República Democrática Alemana. En la Revista Internacional de Países Socialistas, *La Educación Superior Contemporánea*, núm. 4-28-1979, editada en La Habana, Cuba)

Uno de «los» temas —o, quizá, «el» tema— de que se habla actualmente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense es el de la posibilidad de convertirla en Facultad Experimental. Pero el planteo es, en realidad,

mucho más amplio y afecta a toda la enseñanza de la Sociología en España: se trata de la formación de sociólogos (cómo, para qué) y, obviamente, de su «compromiso» en un tipo de sociedad como la nuestra.

A propósito del mismo, existe un

material que puede ser de interés para un análisis comparativo y de utilidad para «una» reflexión. Se trata de la crónica publicada en la revista precedentemente citada sobre la Conferencia de Jefes de Cátedras de Filosofía Marxista Leninista, Economía Política, Comunismo Científico, Historia del Movimiento Obrero y Sociología de las Universidades de 10 países socialistas, realizada en Leizing entre el 24 y el 26 de enero de 1979.

En ella participaron 120 Jefes de Cátedra procedentes de Bulgaria, Hungría, Vietnam, R. D. Alemana, Cuba, Mongolia, Polonia, Rumania, URSS y Checoslovaquia, y según la crónica, hubo unidad de criterios. Reflejó, en suma, «el afán de todos los países de elevar la calidad y el nivel de preparación de los sociólogos»¹, a la vez que explicitó la conformación actual del sistema de capacitación de los especialistas en Sociología en lo que se refiere a contenidos, métodos de preparación y de práctica y «formación moral».

Es interesante reproducir algunos párrafos de esta crónica a fin de detectar los criterios manifiestos y laten-

¹ El comentario se realiza sobre la crónica de R. SCHILLER del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania (RDA) titulado "La formación de sociólogos en las universidades de los países socialistas". El mismo está publicado en la sección VII, "Crónica e Información", de la *Revista Internacional de Países Socialistas, La Educación Superior Contemporánea*, núm. 4, 28, 1979, La Habana, Cuba, pp. 169 a 175.

El autor cita intervenciones de participantes, individualizando algunos aportes que considera de interés. En nuestro comentario hemos obviado estas aclaraciones, globalizando los temas y sistematizándolos según criterio propio.

Como las citas provienen todas del mismo material, sólo se indica a continuación la o las páginas de donde fueron tomadas.

tes que estructuran ese sistema de capacitación en los cuatro aspectos claves:

i) En lo que se refiere a *contenidos*, la opción aparece clara:

«... Asegurar la unidad de la teoría y la práctica es el principio básico en la elaboración e impartición del material en estudio...»².

El criterio de selección de contenidos aparece implícito en la crónica:

«... Hay mucho de común en todos los países socialistas..., común es el partidismo en el estudio y la investigación, la aplicación de los nuevos logros de las ciencias sociales y naturales en el proceso de la enseñanza, la educación comunista integral de los estudiantes, la formación de las convicciones comunistas y la crítica combativa y eficaz contra los criterios anticomunistas y antimarxistas y contra la ideología burguesa, revisionista y maoísta...»³.

Los clásicos (Marx, Engels y Lenin) son la apoyatura de todo programa didáctico o de formación. Los cinco grupos de trabajo de la Conferencia insistieron, al parecer, en su función educativa:

«... En las obras de los clásicos del marxismo leninismo los planteamientos se distinguen por la extrema claridad, la agudeza ideológica, la precisión de las respuestas, la profundidad de las investigaciones y soluciones teóricas, la convicción revolucionaria, la crítica bien fundamentada contra los puntos de vista anticientíficos... Asimilar los

² Pág. 171.

³ Pág. 170.

legados de los clásicos ayudará a combatir en el plano ideológico y teórico las concepciones sociales burguesas revisionistas y sectarias izquierdistas...»⁴.

Según la crónica, y en relación con los criterios de selección de contenidos para la formación de sociólogos:

«... Todos los participantes en la conferencia patentizaron unánimemente que la capacidad de los estudiantes para combatir las teorías y concepciones sociales burguesas y antisocialistas debe considerarse como uno de los requisitos más importante a contemplar en la capacitación teórica de los estudiantes de las especialidades de ciencias sociales...»⁵.

Y para proporcionar esa capacitación teórica y seleccionar los contenidos, hay que «zanjar la cuestión» de la inclusión de los contenidos «de la ciencia burguesa» en los planes y programas de estudio. La crónica refleja así la postura de los participantes del evento sobre este punto:

«... Es indudable la enorme responsabilidad que implica para los profesores de los CES transmitir a los estudiantes conocimientos sistemáticos sobre las principales direcciones de las concepciones sociales burguesas, sus fuentes sociales y espirituales, su contenido ideológico y su objetivo político. Esto significa poner al descubierto las intenciones sociales y políticas de estas teorías y refutar que las mismas sean realmente teoría o realidad. La experiencia de los profesores de ense-

ñanza superior asistentes a la conferencia mostró que el conocimiento de los aspectos históricos de las teorías burguesas, de las tendencias de su desarrollo y de las principales variantes de los criterios actuales, así como la explicación de los fenómenos de la crisis por la que atraviesan son, en conjunto, de una enorme importancia para combatir las. En todos los planes de estudio de las Universidades se fija para esto un límite de tiempo. No obstante esto, en la conferencia todos hicieron hincapié en que la preparación de los futuros sociólogos, el combate contra las concepciones burguesas, revisionistas y reformistas no debe limitarse únicamente a la impartición de conferencias especiales, sino debe convertirse en tarea fundamental de todo el proceso de enseñanza...»⁶.

Finalmente, otro criterio que es interesante de señalar en lo que respecta a la problemática de los contenidos de enseñanza es el de la inclusión de «novedades» (los nuevos temas) en los planes y programas:

«... Los participantes en la conferencia expresaron el criterio de que en el programa de estudio obligatorio sólo debían incluirse los resultados de nuevas búsquedas científicas, argumentados y comprobados con el tiempo. Para debatir los problemas teóricos que se encuentran aún en la fase de investigación y experimentación, son suficientes las conferencias y charlas informativas opcionales ofrecidas por científicos y profesionales experimentados, las cuales han reportado resultados positivos...»⁷.

⁴ Pág. 171.

⁵ Pág. 173.

⁶ Pág. 173.

⁷ Pág. 172.

ii) Las normativas sobre *métodos* y *procedimientos* de enseñanza-aprendizaje aparecen menos claras en la nota, pero, no obstante, se encuentran algunas referencias. De las mismas se desprende también una «cierta imagen» de lo que podría considerarse como «el rol del sociólogo» y su función ocupacional:

«... Sólo es posible comprender la dialéctica de la edificación socialista cuando se domina el método del materialismo dialéctico. La sólida asimilación de las categorías y de las leyes de la dialéctica materialista y su constante experimentación y aplicación en el estudio y en el trabajo son elementos importantes que llevan a una mejor comprensión de las tendencias del desarrollo de nuestra época de transición del capitalismo al socialismo...»⁸.

Al parecer, hay dos formas de trabajo que dieron resultado positivo para las propuestas de contenidos y métodos de los Jefes de Cátedra:

«... El estudio ininterrumpido de los legados del marxismo leninismo desde el primero hasta el último curso en consonancia con los requerimientos de las disciplinas fundamentales...»⁹.

Y diferentes métodos y formas de trabajo para incorporar a los estudiantes al trabajo «extra-docente», como por ejemplo, la emulación estudiantil, los grupos estudiantiles de conferencistas, la labor de propagandista en organizaciones juveniles de carácter político, la participación en proyectos de investigación. Obviamente, se

apunta siempre a la aspiración de las Universidades de lograr la unidad entre la teoría y la práctica, relacionando estrecha e indisolublemente partidismo con ciencia.

«... Es necesario establecer una estrecha relación entre el afán de investigar y la labor propagandística y apasionada y esmerada desde el primer día de clase en las conferencias y seminarios...»¹⁰.

«... No sólo es importante transmitir los conocimientos correspondientes, sino que es necesario también prestar una muy seria atención del desarrollo del activismo sociopolítico del estudiante, quien desde el proceso mismo de la capacitación adquiere las cualidades de propagandista y agitador, que en el futuro deberán convertirse en rasgos característicos del sociólogo...»¹¹.

iii) Por último, algunas notas sobre las *cualidades morales* que deben poseer los sociólogos, ya que en la conferencia se insistió, al parecer, que la sociedad socialista exige mucho en el orden moral a los representantes de las ciencias sociales:

«... Estos deben ser fieles sin reservas a la causa de la construcción socialista y comunista, buscar nuevas soluciones, luchar contra los criterios y opiniones caducas e incorrectas y estar siempre dispuestos a explicar a los trabajadores la política del partido de forma sencilla y comprensible...»¹².

«... Especial significación tiene formar en los estudiantes una posición partidista consciente y firme

⁸ Pág. 170.

⁹ Pág. 171.

¹⁰ Pág. 172.

¹¹ Pág. 172.

¹² Pág. 172.

y la disposición a identificarse, en cualquier situación, con los intereses de la clase obrera y a pronunciarse a favor del socialismo...¹³.

La edificación socialista en los países de la comunidad socialista plantea grandes exigencias a la enseñanza superior, y los sociólogos deben hacer un aporte efectivo y de peso en aras de la realización de estas tareas...»¹⁴.

iv) Se señalan también algunas necesidades en relación con los profesionales:

- Capacitación de profesores de Ciencias Sociales [«... Es necesario señalar también que por la creciente cooperación internacional existente entre los países socialistas en el campo de la investigación y de la enseñanza, así como por los éxitos significativos alcanzados en la lucha contra la ideología burguesa, se le hace imprescindible al sociólogo conocer otros idiomas (ruso, inglés, francés y español)»]¹⁵.

¹³ Pág. 173.

¹⁴ Pág. 169.

¹⁵ Pág. 174.

- Selección de estudiantes, exigencias para los graduados (experiencias políticas y experiencia de la vida).
- Demanda de ciertas especialidades y adecuación de contenidos y métodos al momento actual.

Y se comenta, finalmente, que:

«... El intercambio internacional de experiencias que se produjo en la conferencia de Jefes de Cátedras, aportó una información valiosa cuya utilización será de importancia para continuar perfilando la capacitación de sociólogos en las Universidades... La conferencia se desarrolló en una atmósfera amistosa y camaraderil y con un espíritu de internacionalismo proletario... La conferencia constituyó un aporte a la cooperación ulterior de los países socialistas en lo concerniente a la capacitación de los jóvenes cuadros científicos en el campo de las ciencias sociales...»¹⁶.

VICTORIA GALVANI

¹⁶ Págs. 174-175.

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S